

L A R A M A



P O R M A X A U B

LAS cosas se saben o no; no hay por qué comprenderlas. Comprender, ¿de qué sirve? El entendimiento, lo dijo Santa Teresa: un bien donde juntos se encierran todos los bienes. ¿Para qué tanto? Por mi voluntad te digo mis secretos: no andar corto en repartir — doy lo que tengo: lo que sé; romper si es necesario con los amigos, desavenirse de los compañeros. Es cruz pesada, enfadosa; mas, si quieres ser, a veces, necesario. Sólo camino solo. ¿Y qué? Tomar la carga y comprender. Dirás: todo es atar sentencias cuando de lo que se trata es de explicar.

He dado muchas vueltas, que los demás las den. Estoy en mi derecho, ¿no? Despabilales el entendimiento y serán otros. Lo que hay que saber es si me conviene. Contigo es otro cantar. Siempre imitamos a alguien. ¿A quién yo ahora? A ti, porque te quiero. Esto no es una cátedra de teología ni pretendo ensanchar los términos de mi reino: siempre quedan cortezas vanas en las cabezas de alrededor. No sirve preferir el estudio al descanso, ni estar ocupado siempre con los libros. ¡Busca verdades con el entendimiento a ver a qué te saben! Aplícate, dale vueltas y vénmelo a contar. Mejor, créeme, échate a dormir. Despestañate tesonero, codicioso estudiante; ocúpate a levantarte sobre las estrellas: a empellones te echarás de ti mismo.

Tal vez creas que el ingenio humano saca la plata de las entrañas

de la tierra reparando contra el sol. Reniega de la verdad, escúchame. Te advierto que si no tú, yo me canso de tanto rodar y rodear. ¿Quieres saberlo, no? Ahora bien, no me vengas luego con que no me crees: el que me lee, el que me escucha, soy yo. No suelo emplear palabras con dos filos, embotan. Escoge, pero pronto. ¿Callas? Allá tú. Yo hago vela: sígueme si puedes; no voy a emplear mi elocuencia en balde ni cobro bríos con la antigüedad como tantos amigos tuyos que, con sólo asomarse al abismo, sienten vértigo literario o demuestran ferocidad negando lo que desconocen y seguirán ignorando, por porfía.

Me preguntarás, con razón — porque es otra—, por qué estoy en el secreto. La verdad es que subí esperadamente a gran privanza, estuve a punto de obtener la combinación de su secreto pero algo me detuvo en el quicio, como siempre, (¿No te gusta: perder el quicio?) Sigo pues hablando de oídas y viviendo de suposiciones. Pero lo visto no hay quien me lo quite y si hay verdad ésta es espejo. Basta, no llevo hilo para tan largo discurso. Vamos al artificio y dejemos lugar espacioso a la verdad.

El suceso:

Cortó una rama

La rama de un arbusto. Una rama oscura, de más o menos una vara de largo, una rama tierna de no sé qué especie, de no sé qué género,

por lo que no puedo decirte el nombre. Si te sirve de algo, haz una lista y te iré diciendo que no era laurel, ni madre selva, ni arrayán, ni mirto, ni boj, ni madroño, ni parra, ni retama, ni brezo, ni jara. Era mayor, sin llegar a árbol. La tierna rama se cortó con dificultad, no de golpe: hubo que retorcerla, tenía vida, no quería dejar de ser lo que era. Parecía tener púas espinosas, no eran sino blandos brazuelos de la misma rama. Ni espino, ni escaramujo, ni zarza. Acacia sin rancajos, moral sin dientes, rosal sin espinas. No planta rara, por nada se distinguía, más nadie la conoció.

Olía a epazote: no sabes lo que es, hierba aromática del otro mundo. Una rama hermosa, con renuevos por todas partes.

Lentamente empezó a moverse. No me crees. Se empezó a mover por sí sola, empujada tal vez por su olor, quizá por el recuerdo. (No quiero ni pensarlo. ¿Te das cuenta?, porque si entonces, a su vez...) Se empezó a mover. ¿Cómo se mueve una rama, una rama sola, negra, sin espinas ni púas, médula negra, a remolque de sí?

Echó hacia adelante, arrastrándose atareada, meneándose en continuo movimiento. ¿Qué hace crecer la eternidad, la calma o el vaivén, la inmovilidad o la agitación? No lo sabes. Ahora aprendiste algo, no pidas demasiado. Se movió y se trocó. O al revés. Se torció: de lo que era a lo que fue. Todo cambia y se convierte; a ver cuándo te toca. Todo cambia menos el viento. Confíate, aunque sólo fuese por eso: el viento no cambia sino las cosas: la sierpe, de la rama (de raíz le venía). Lo vi con estos ojos que esperan mirarte.

Cortó la rama, la dejó a sus pies y, la rama empezó a moverse, mudada. Como tenía que ver tuvo ojos; que acabar, cola. Como lo vi te lo cuento, como sucedió te lo digo. ¿Fue mal trueque? Me dejó asombrado, aún lo estoy; no son mudanzas diarias; si no ¿dónde pararíamos? Aseguran que nunca está una pelota mucho tiempo en una misma mano. Gran consuelo para el mañana.

Pensándolo no halla justificación, mas viéndolo te aseguro que pareció natural, nadie se llamó a engaño. Las púas o lo que fueran vinieron a escamas. Ahora, sabiéndolo, no puedes extrañarte de su falta de firmeza y constancia. Si mudan las estaciones ¿cómo no han de dejar las pieles abandonadas entre hier-

bajos? ¿Qué nuevos colores no cobra así el mimetismo? ¿Quién se asimila las apariencias, las plantas o los animales? ¿Se defienden engañando o engañando se defienden? Mimetismo viene de mimo. Siempre imitamos a alguien. ¿A quién yo? A ti, porque te quiero.

¡Qué fácil —ahora— colegir porque no hay hoja, viva o muerta, o rama, con las que no se las pueda confundir! Píntanse con la perfección del natural, no hay quien las conozca o reconozca, *et pour cause*... ¿A quién imitan si no a sí mismas siguiendo sus propios ejemplos? Se amoldan a lo que fueron, no va mucho a lo que son. Haz prueba: corta una rama proporcionada y espera; todo es cuestión de paciencia y trasladar la representación.

Aquella —la otra— esperó la ocasión. Se la dieron, la aprovechó. Pocas sierpes suelen andar por los árboles, gústales más arrastrarse y dormir; es animal para poco. Ahora bien, si lo que vi es lo cierto —¿por qué voy a dudar?: Santo Tomás, auténtico abogado de los posibles, me ampare—, el origen, como siempre, lo explica todo. No te rías, no soy más racista que el Papa. Tal vez fue yedra trepadora que se enroscaba a cuanto árbol le venía a raíz. Ahora fíjate: toda transformación deja huella, poso, raigambre, tal vez resentimiento. La vara —la mía— tenía frutos, unas bolitas coloradas que aquí llaman manzanitas. O, a lo mejor, se la ofreció sin malas intenciones. Si lo sabía, si estaba enterada, el caso sería distinto; plantearía problemas nuevos que no tengo ganas de abordar ahora.

Además, el propio Jesucristo ¿cuántas veces fue representado por la serpiente? ¿Quién dijo que “aquel que había sido vencido por el leño iba a su vez ser vencido por el leño mismo”? ¿No pidió el propio Jesucristo que fueran prudentes como ella? ¿No escribió San Ambrosio que la misma imagen de la Cruz era “la serpiente de bronce”? Y, ¿no queda todo más claro si la serpiente fue antes leño?

Acabo de verlo, lo tengo que creer. Que tú hagas igual porque te lo digo es otro cantar. Pero me conoces bastante —tiempo y espacio— para saber que soy incapaz de mentir.

El aire preña, díganlo si no los dioicos: ando muy dispuesto a aceptar cualquier explicación. Te escribo ésta desde la casa del cura de Tlacoahuaya, y no digo más, que suelen decir los personajes de don Mi-

guel de Cervantes. Ten en cuenta que siendo los siglos en todas partes idénticos, aquí se pueden contar con la vista. Quédese todo bajo las alas del entendimiento, que la razón y sus engarces son harina de otro costal.

Sólo una vez más te lo aseguro: cortó una rama, la dejó en el suelo y, vuelta víbora, echó a caminar. Así fue, estoy dispuesto a dejarme arrastrar —yo también— antes de

desdecirme. No le busque más pies al gato, tiene bastantes. Ya te dije que te quiero, ¿basta repetirlo? Lo escribió otro, y de esa misma tierra:

*El corazón ya no puede
con tanto bosque furioso.*

P. D. Pensándolo bien, en nada afecta al pecado original. El no rozar la ortodoxia —en mi caso por lo menos— es siempre un consuelo: el que te empeñas en no darne.

D O R O T E A

Por Sergio FERNANDEZ

¿Quién me consolará de no verte, después de tantos años de gozarte? Ese agrado tuyo, ese brío, ese galán despejo, esos regalos de tu boca, cuyo primer bozo nació en mi aliento, ¿qué Indias los podrán suplir, qué oro, qué diamantes?

(Dorotea de Fernando; Acto 1; escena 3a.)



Lope de Vega

O LA HISTORIA DE UN AMOR IMAGINADO



La biblioteca de Lope

CON recelo, no sin cierto desgano, se acerca el lector moderno a la voluminosa obra —teatro para ser leído—, en cinco actos, escrita por el poeta en 1588, no publicada sino cuarenta y cuatro años más tarde. Bien conocida por el nombre, es raro aquel que hoy día la lee completamente, ya que son otras (el teatro representable) las obras que de Lope de Vega continúan en boga.

Se sospecha que el autor, en una especie de introducción al libro (que firma un tal Francisco López de Aguilar), se vale de este truco para hacer el elogio del mismo, asegurando que cumple el propósito que ha perseguido. ¿Cuál es por tanto su valor y su meta? El de aventajar, con mucho, a otras producciones antiguas y modernas; el que en *La Dorotea*, vivas, se levanten las pasiones de los amantes, “los trazos de una tercera, la hipocresía de una madre interesable, la pretensión de un rico, la fuerza del oro, el estilo de los criados; y para el justo ejemplo, la fatiga de todos en la diversidad de sus pensamientos, porque conozcan los que aman con el apetito y no con la razón qué fin tiene la vanidad de sus deleites y la vilísima ocupación de sus engaños”.

El libro, como todos los libros, tácita o explícitamente contiene una enseñanza. Si hemos de creer en Lope, es ella el castigo de la vanidad, el escarmiento del apetito y la exaltación de la razón, aun cuando ya veremos que lo que le importa, medularmente, es otra cosa y no una moral en primer plano. Por eso en estas páginas introductorias quedamos asombrados no ante la meta, no frente al propósito, sino ante el contenido: *la variedad* —ya lo dice claramente López de Aguilar— *del pensamiento*.

En efecto, pocas obras tan sutiles, tan matizadas, tan complejas, como esta vieja pero actual *Dorotea* de Lope. Apasionante, inmisericorde, inagotable como documento humano que muestra, en un eje principal y directo, la variedad del pensamiento del ser y su incógnita. ¿Qué